

**Iván Eduardo
Lópezcampos**

**LECCIONES
DE OTOÑO**

CAPÍTULO I

EL PISO DE MADRID

"Con los años dejamos de existir para los demás; estamos ahí, pero no contamos. Es así como nos convertimos en fantasmas de la sociedad".

—97, 98, 99... 100— don Alfonso había concluido la actividad que solía nombrar como el conteo del sueño, una improductiva práctica que llevaba a cabo todos los días; bueno, improductiva para los demás, menos para él. Comenzó a hacerlo para apartar de su cabeza los malos pensamientos, aquellos que rondan persistentemente cuando estás en cama y no dejan conciliar el sueño.

La primera vez que lo hizo fue un olvidado verano; ató los números a las vueltas que daba el viejo ventilador de techo, uno que solamente movía el sofocante calor de la capital española. Ese hábito se construyó como una batalla épica de dos acérrimos rivales: el sueño versus el insomnio. En un principio las victorias de Morfeo eran recurrentes; desgraciadamente, el tiempo, como lo hace con todo, lo venció; sus triunfos se comenzaron a presentar cada vez más espaciados; aun así lo seguía llevando a cabo; tenía dos razones para no claudicar: una leve esperanza de que ese día la suerte le acompañara y durmiera antes de terminar el ejercicio y otra, la principal, tener algo que hacer en su vida.

Las noches, cuando lograba adentrarse en el país de los sueños, le ofrecían un refugio donde olvidar lo viejo que era; dejaba de

lado las dolencias y el dolor provocado por la añoranza de los buenos tiempos.

El ritual para dormir comenzaba a las siete en verano, a las seis en invierno. Terminando de cenar hacía su higiene bucal; en cámara lenta sacaba sus piezas dentales, las mismas que lo habían acompañado desde la segunda parte de su vida; las acomodaba una detrás de otra sin prisa alguna, nada le apuraba. Lavaba sus dientes, como casi todo lo que se hace en la vejez: por costumbre. La higiene era algo que le había dejado de importar.

En un tiempo atrás fue distinto; cuando empezó a percatarse que sus mejores años se habían ido, los aseó con obsesivo esmero. No quería convertirse en un viejo que oliera a putrefacción. Cepillaba con fuerza una veintena de veces hacia abajo, luego otras tantas en sentido contrario; se posicionaba donde había terminado y comenzaba de nuevo el trabajo; si mientras lo hacía sangraba, era mejor, ello representaba haber llegado al límite.

En la juventud, para su mala fortuna, contaba con un olfato excepcional; percibía a la distancia el aroma de la vejez, esto le causaba malestar. Imaginaba a los ancianos amoratados; pensarse en esa posición era una pesadilla por más aterradora. Cuando los años se apilaron y su piel comenzó a plegarse se imaginó diferente; decidió plantarle batalla a la vejez con hábitos de aseo extremo; estaba seguro que con ellos retrasaría su llegada; lo hizo así por unos años hasta que comprendió lo infructuoso de su esfuerzo. El implacable juez llamado tiempo le había ganado la batalla; aflojó su cuerpo, dejó de presentar resistencia y la inercia lo colocó en el centro de su pesadilla: una soledad aterradora en una casa inmensa y desaseada, llena de trastos olvidados por días en lugares impensados donde se mezclaban sin el más mínimo cuidado los limpios con los sucios. Percibía en sus visitantes, en aquellas raras ocasiones que los

había, la desconfianza a beber en uno de los vasos ofrecidos por él; de manera discreta se acercaban al trastero y lo lavaban de nuevo. Poco le importaba, ya había soltado la vida. Hacía tiempo se había convertido en un espíritu que solamente esperaba el momento en que su corazón dejara de latir y así por fin liberarse de la prisión que significaba la vida.

Pasó de viejo a anciano; no comprendía a bien la diferencia entre ambos, es más, no estaba seguro si la había, pero para él, anciano era un escalón más bajo que el de viejo y él ya estaba con ambos pies en este. En una ocasión una persona le dictó una disertación del tema, al segundo le atribuía rasgos románticos, el primero era un simple producto de la edad, pero para él, uno y otro no eran más que sinónimos de decrepitud. Su amargura le cegaba y, cómo no, su caminar era ya lento, el cuerpo encorvado, las arrugas habían transformado su rostro, él mismo no se reconocía; había mañanas que libraba duelos exhaustivos con su mente donde esta trataba de convencerle que sí era, solo que con muchos años y recuerdos encima.

El conteo de vida para don Alfonso Aldaz Iglesias comenzó a correr junto a los primeros rayos de luz en un día de marzo del lejano 1928. Nació en la España comandada por el dictador Miguel Primo de Rivera; su niñez fue cortada de tajo y con la crueldad que solamente la guerra es capaz de ejercer con tal maestría; una tarde dejó tirados en el enorme traspatio de la casa materna sus ocho soldaditos de plomo, regalo de su padre, uno por cada año de vida. Los cambió por soldados de carne y hueso, de esos que mueren y no vuelven a recuperar sus vidas.

El 17 de junio de 1936 la presión social no pudo más; una sociedad polarizada y enfrentada entre derecha e izquierda, además de un gran abismo entre ricos y pobres, fueron factores fundamentales para una guerra fratricida en el país ibérico; la válvula de escape se bautizó para la posteridad como la Guerra Civil Española.

La niñez es la única etapa de las personas en la que se es plenamente feliz, a menos que los adultos arruinen ese estado de gracia. Eскурridizo, bautizado así por su habilidad con el balón en los llanos del pueblo, fue víctima de esa máxima; bastaron únicamente unos meses para que el pequeño Alfonso se viera atrapado por una perversa dualidad: un adulto encerrado en el cuerpo de un niño. El entorno lo había madurado de la noche a la mañana.

La escuela del pueblo cerró; los maestros un día dejaron de ir para sumarse a la guerra, todos participaron en ella en uno u otro bando; Alfonso comenzó a trabajar para ayudar a que en casa hubiera algo que comer, pero pronto pasó a ser un estorbo, aportaba poco y comía mucho, comprendió que cada alimento que se llevaba a la boca era uno que le quitaba a sus hermanos menores; el día que cumplió nueve años emprendió su propio camino, fue en búsqueda del destino. Los primeros días los pasó llorando en los graneros abandonados, tenía miedo y hambre; cuando tenía la suerte de cruzarse con uno donde sus dueños aún no habían huido, canjeaba comida y techo por trabajo.

El estado de felicidad plena pasó abruptamente a uno de horror; afortunadamente, apenas su mente normalizó la guerra, lo abandonó y su andar por tierras catalanas le significó uno totalmente nuevo, uno que lo extasiaba, el de la aventura.

Ya estando en Barcelona conoció a Cristina Almanza, una rica mujer que le acogió en su estancia por la región española; ganaba 2 pesetas por jornal, toda una fortuna tomando en cuenta la época y la edad. La doña había perdido a su esposo e hijo en el primer movimiento armado; en Alfonso vio a su niño, se convirtió en la compañía ideal y ella en su protectora hasta que un día le habló de París y su esplendor, de las noches bohemias en sus míticos cafés llenos de artistas que estaban ahí con una misión, crear arte para el mundo. Un pueblerino como él no sabía de Picasso, de Hemingway o de Gertrude, pero la

devoción con la que doña Cristina pronunciaba sus nombres le fascinó; esa noche no durmió. Su protectora le había abierto la puerta a otro mundo.

El frenesí de la aventura dominaba el temor de la guerra; al día siguiente juntó sus trapos y partió con destino a París. Se adentró largos días por las brechas que usaban indistintamente republicanos, sublevados o contrabandistas, esos que tenían como bandera el dinero. Corrió con suerte y con la protección de la virgen de Montserrat; llevaba consigo una imagen que la doña le había entregado para que le cuidara, al parecer hizo su parte y así pudo ver el esplendor de la ciudad del arte; una que aún estaba convulsionada por el art déco; se iba por las tardes a los lugares que Cristina le había apuntado y enumerado meticulosamente en una libretilla que todavía guardaba el aroma a su perfume floral; uno que nunca olvidó y guardó para siempre en sus más preciados recuerdos.

Se apostaba en los cafés de Montmartre, los cuales eran una locura, permanecían llenos de artistas consagrados y otros que llegaban con la intención de serlo. París, como lo decía Hemingway, era una fiesta, un lugar donde se permitía todo y de todo. Las privaciones de la primera guerra mundial dejaron en los jóvenes de la época una enseñanza: vivir la vida al máximo, ya que lo menos que tenían seguro era la propia vida. Alfonso se sentía pleno, era un chiquillo de 12 años maduro y lleno de experiencia, listo para vivir el desenfreno de la ciudad. El paraíso solamente lo disfrutó unos meses, su destino estaba marcado por la guerra; había huido de una para llegar a otra, una de dimensiones y horrores impensables; la segunda guerra le había agarrado con las manos en la puerta.

El 22 de junio de 1940 era una fecha esperada con ansias por el aventurero español desde el día que compró el boleto que lo llevaría de vuelta a Madrid; se reuniría con su familia después de cuatro años; en septiembre se cumpliría un año del estallido

de la segunda guerra mundial y el panorama era cada vez más complicado, la ciudad que le había dado cobijo de la guerra civil era ahora una bomba de tiempo, había que salir de ahí lo antes posible.

Ese día se levantó temprano y, al igual que cuando dejó Barcelona, solo hizo un pequeño atado con sus ropas, metió sus ahorros en una bolsa secreta cosida por él mismo en su pantalón; del trabajo fue a la estación de tren, estaba atestada, todos querían salir; con la habilidad propia de una serpiente zigzagueó entre la multitud desesperada y alcanzó su lugar en el vagón, echó debajo de su asiento el atado de ropa y cerró los ojos, escaparon unas lágrimas, eran de felicidad; por un momento pensó que no lo lograría, pero estaba solamente a unas horas de estar con su familia después de tanto tiempo sin verlos. Moría de ganas por abrazarlos, de cierta forma era aún un niño.

El tren comenzó a demorarse, la presión de la gente por subir comenzó a ser cada vez mayor, el caos subió de intensidad, gritos y llantos de desesperación, de súplica, era lo único que se escuchaba en la estación; el corazón de Alfonso se detuvo, todo su ser se paralizó, comprendió entonces el porqué de los gritos:

—¡Unterlagen!— escupió un hombre que se plantó frente a él. Era un soldado alemán. El niño no respondió, no entendía, pero si lo hubiera hecho tampoco habría dado respuesta; estaba paralizado del miedo, se le había derrumbado el mundo. — ¡¡Unterlagen!!— el oficial dio un culetazo en el pecho del niño, uno que le dejó marcado de por vida, tanto su piel como su alma.

Ese día no fue solamente importante para Alfonso, lo fue para la historia; París fue tomada por los alemanes, la guerra le había alcanzado; si tan solo se hubiera subido en el tren que había partido media hora antes, su historia habría sido diferente. La

guerra le dejó marcado y así como la civil de su país le robó la infancia, la segunda le arrebataría la juventud.

1945 marcó el final del conflicto armado, pero también fue un año de partidas; sus padres murieron con días de diferencia; sus hermanos se perdieron en la guerra; esta, como a cientos de miles de vidas, las devoró para convertirlas en abono para los anónimos campos. Nunca supo dónde quedaron.

A los veinte años, deambulando por las fascinantes escalinatas ubicadas detrás del Sagrado Corazón, las mismas que inmortalizó el icónico fotógrafo húngaro, Brassai, cruzó con una chica distinta, una llena de alegría; daba la sensación de que venía de otro mundo, no tenía secuelas del horror que acababa de experimentar la humanidad:

—¿Qué lees?— le preguntó la desconocida; estaba sentado en la parte baja de las escaleras explorando el mundo a través de un libro.

—Hemingway— contestó desconcertado; le bastó alzar la vista y establecer contacto visual con la chica para saber que....

**No dejes que el otoño termine, presiona para
adquirir la novela completa**

Presiona aquí DIGITAL

Presiona aquí PAPEL

